

Acerca de la relevancia de una perspectiva culturalista para el análisis del Medio Oriente contemporáneo

*Emanuel Pfoh**

Lo que a ellos les parece elegante, nos parece horrible. Este ejemplo muestra la ceguera y la insensatez de la especie humana; asimismo, muestra cuánto nos engañamos. Los etíopes creen que el negro es color más bello que el blanco, mientras que el hombre blanco piensa lo contrario. Cada país sigue su propia fantasía.

P. Mártir de Anglería, *De orbe novo* (1514)

El recurso a variables de tipo culturalista para explicar y comprender el accionar y la naturaleza de los movimientos políticos islámicos tiene, en nuestros días, una no poco considerable cantidad de objetores. Es que, en verdad, la idea de que la sola comprensión empática del Otro político y cultural no aventaja a Occidente en su relación con los países de Medio Oriente sino que, más aún, pareciera condonar los actos de terrorismo contra poblaciones civiles, se encuentra entre los mejores fundamentos de dichos objetores. Ahora bien, creemos que la disposición anti-culturalista en el ámbito de los análisis políticos internacionales (en nuestro caso, nos referimos exclusivamente al Medio Oriente islámico), en realidad, no permite comprender cabalmente el tipo de complejos problemas que se presentan en este ámbito, ya que los interpreta a partir de preconceptos extraños a la naturaleza original que conforma dichos problemas. En efecto, el problema de fondo de esta cuestión es la superposición de discursos profundamente disímiles, de discursos que conviven y se yuxtaponen en realidades atravesadas por múltiples variables y condiciones, internas y externas. Así pues –sostenemos–, el recurso a una perspectiva culturalista crítica se hace inevitable. No existe un solo modo de explicar y comprender la sociedad, puesto que no existe una sola y única cultura, comunidad o sociedad.

* Licenciado en Historia / Coordinador del Departamento de Oriente Medio del Instituto de Relaciones Internacionales (FCJS–UNLP). Auxiliar docente de la cátedra de Historia General I (Antiguo Oriente) del Departamento de Historia (FAHCE–UNLP). Investigador Adscripto del Departamento de Egiptología del Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas del CONICET.

La globalización y la hegemonía actual de los Estados Unidos en Occidente alientan la propagación de visiones unívocas del mundo¹; sin embargo, el multiculturalismo se encuentra yaciendo debajo de este manto ideológico de pretensiones homogeneizadoras. Pero, que no se nos malinterprete. Existen, por supuesto, valores y derechos humanos que son universales y deben ser defendidos. La cuestión conflictiva radica en la interacción que la habilitación de estos derechos tiene con situaciones culturales específicas. Mayormente, el punto de conflicto radica en la primacía de una política foránea por sobre las actitudes de los pueblos nativos que experimentan dicha política. Es que en verdad, en Medio Oriente, la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos domésticos de los países de la región es notoriamente obscena. Más allá de los intereses económicos y geopolíticos que la potencia norteamericana posee y defiende en la región, existe un fundamento ideológico detrás de sus operaciones que puede ser sencillamente calificado como «etnocéntrico». Vale decir, este accionar se basa en una predisposición –como sostiene T. Todorov– para “elevar, indebidamente, a la categoría de universales los valores de la sociedad a la que yo pertenezco”². Esta perspectiva etnocéntrica se encuentra usualmente detrás de las consideraciones occidentales sobre el conflicto regional de Medio Oriente. Asimismo, también podríamos comprender por qué la lucha que potencias occidentales como Estados Unidos e Israel entablan contra el terrorismo está condenada a extenderse infinitamente en el tiempo si las mismas condiciones políticas –y de fondo– que las hacen posibles continúan. Detrás de cada bando no sólo existe una configuración social y política divergente; existe además un conjunto de valores, de concepciones ideológicas, que no encontrarán aceptación mutua por medio del enfrentamiento bélico. Particularmente, la esencia del terrorismo “post-11/9” es una contra la cual no puede combatirse mediante los dispositivos de guerra tradicionales: aquí no se está combatiendo contra un país, sino contra una concepción del mundo.

Pero, retornemos al camino que conduce a nuestro tema en esta ocasión. Una perspectiva culturalista crítica –decíamos– se hace necesaria para comprender el accionar político de componentes sociales divergentes de los occidentales. Es desde esta perspectiva, pues, que intentaremos realizar algunas consideraciones en torno a los conflictos de Medio Oriente, pero esencialmente al trasfondo ideológico que prima como fundamento de estos conflictos. Ciertamente, estas observaciones no se realizan desde el punto de vista del analista político sino desde una perspectiva solidaria con el quehacer antropológico, y aquí lo que pretendemos es

¹ Cf. E. Todd, *La ilusión económica. Sobre el estancamiento de las sociedades desarrolladas*, Buenos Aires, Taurus, 1999 [1998], pp. 227-256.

² T. Todorov, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI, 2000 [1989], p. 21.

poner en evidencia cuánto se necesita aprender de esta última perspectiva en el análisis del mundo político de Medio Oriente.

El ejemplo que tomamos a continuación para ilustrar esta discusión discursiva es la reciente incursión israelí al Líbano en el mes de julio del presente año (incursión que sin duda nos rememora la invasión de junio de 1982 y que conlleva, asimismo, la evocación de la infame masacre de Sabra y Shatilla en septiembre de ese mismo año³). Sin considerar la trama centenaria que le confiere su genealogía particular al conflicto entre israelíes y árabes, la chispa que enciende bélicamente este acontecimiento se ubica en la captura de un efectivo de las fuerzas armadas israelíes en Gaza por parte de milicianos palestinos⁴. Rápidamente, Israel moviliza a sus tropas y, en apoyo a los palestinos, el partido Hezbollah comienza un ataque mediante misiles desde el Líbano hacia el territorio norteño de Israel. Esta acción desencadena el ataque primeramente aéreo y luego terrestre de Israel en territorio libanés, provocando una masiva emigración de habitantes hacia zonas aledañas del Mediterráneo oriental y países vecinos.

Hasta aquí la crónica bélica, que luego de 34 días de enfrentamientos debe continuarse con una crónica de los desastres en territorio nor-israelí y, especialmente, libanés (sin duda, el lugar de mayores repercusiones sobre los factores humano y material).

Este ejemplo, resumido aquí en un brevísimo párrafo, es uno de los tantos en Medio Oriente que permite observar –más allá de los acontecimientos particulares, y desde una perspectiva culturalista– un choque de concepciones ideológico-culturales que deseamos interpretar. Como indicamos, una perspectiva que interprete estos hechos como la respuesta apropiada de Israel ante el accionar de “fanáticos”, “irracionales” o meros “terroristas”, en verdad no termina por comprender el trasfondo cultural que permite que estos hechos se realicen. En este sentido, B. Lewis es famoso por oponerse a la crítica al orientalismo que realizara E.W. Said hace años y por adoptar la perspectiva que aquí criticamos⁵. Según el autor, Medio Oriente ha fallado en seguir el impacto positivo que realizó Occidente en él a causa de una falta de modernización y la presencia de regímenes autocráticos. Sin dudas, Lewis no parece comprender la importancia del factor religioso en la determinación de las sociedades islámicas; el proceso de modernización y la cuestión de la autocracia no son percibidos de igual manera en Medio

³ Cf. I. Pappé, *A History of Modern Palestine. One Land, Two Peoples*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 221-224.

⁴ Cf. “Israel amenaza con un ‘ataque masivo’ en Gaza”, *Clarín*, 26-06-2006.

⁵ Cf., por ejemplo, B. Lewis, *What Went Wrong in the Middle East? Western Impact and Middle Eastern Response*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Oriente que en Occidente⁶. Así pues, una imposición de circunstancias ajenas a las realidades medio-orientales culminará inevitablemente en el fracaso. La “occidentalización” forzada de Oriente no deja de ser una práctica imperialista y, por lo tanto, condenable. Un análisis –ya lo decíamos– que rechace a priori las manifestaciones políticas de sociedades no-occidentales por no adecuarse a sus propios parámetros culturales, recurre a categorías etnocéntricas que, por cierto, no contribuyen a resolver el conflicto por otro medio que no sea la fuerza bélica y de una manera autoritaria. En efecto, esta instancia es la antesala de la destrucción y la muerte de civiles en los territorios afectados por los enfrentamientos.

Las viejas palabras de Pedro Mártir de Anglería, reproducidas en el epígrafe, tenían aquí la intención de ilustrar el trasfondo de la situación que señalamos en términos generales, situación que también aborda las diferencias culturales locales de percepción y construcción de la realidad. No obstante, el presente político globalizado que habitamos hace necesario que refinemos la problemática. Es evidente que concepciones culturales y políticas se encuentran enfrentadas en el conflicto palestino-israelí; también es cierto que ambos partícipes (especialmente, el palestino) extienden su radio de acción hacia el terreno del otro. Tanto la implantación de colonias en territorio ocupado por parte de Israel como las prácticas terroristas prohijadas por el islamismo más radicalizado son evidencia obvia de esto último. Aquí –tal vez– resida el punto problemático de análisis de la cuestión: ¿cómo interpretar fehacientemente este último accionar sin condonar sus consecuencias inmediatas en la población civil? ¿Cómo comprender su naturaleza sin otorgar argumentos a favor de avalar el terrorismo⁷?

Analizando la ideología que funda en última instancia el accionar de Israel en la región podemos comprender la razón por la que tal conflicto tuvo lugar en primer lugar. En otra parte ya hemos indicado los factores particulares que sostienen ideológicamente la existencia de Israel en Medio Oriente⁸. Aunque estas razones distan de ser formalmente religiosas, sí están

⁶ Al respecto, véase E. Pfoh, “¿Es posible la democracia occidental en Medio Oriente? Reflexiones sobre la naturaleza de la práctica política en el mundo islámico”, *Trayectorias. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Monterrey* (en prensa).

⁷ El término «terrorismo» suele utilizarse de manera tendenciosa para criticar las acciones políticas violentas de uno u otro lado, dentro del conflicto palestino-israelí. Aquí, nos referimos con este término a aquellas prácticas que deliberadamente atentan contra las vidas de civiles, sin que medie aviso de tal peligro –transgrediendo los derechos humanos básicos de la población–, y provenga de un Estado o de una organización no-gubernamental.

⁸ Cf. E. Pfoh, “La historia antigua de Palestina a la luz de las recientes revisiones de la historia antigua de Israel. Aspectos ideológicos y políticos en torno al conflicto palestino-israelí”, *Relaciones Internacionales*, vol. 28, 2005, pp. 107-126.

sostenidas, por otra parte, en la creencia de que los acontecimientos que narra la Biblia acerca de la conquista de la antigua Palestina por parte de tribus israelitas son históricamente verdaderos. Lo mismo sucede con la narrativa que evoca la refundación de Jerusalén, por parte del rey David, como capital de un imperio israelita en la antigüedad, y que se encuentra –en efecto– en el centro del conflicto puntual sobre la condición de soberanía de la ciudad, con relación a los sitios santos y a la presencia israelí antigua en la zona⁹.

Si nos ubicamos ahora en el otro polo del conflicto, en el lado palestino, similares consideraciones pueden realizarse. Palestina se ha constituido como *nación* por contraposición a la existencia de Israel en la región. Y de igual modo que Israel ha apelado al pasado más antiguo para legitimar su presencia relativamente reciente en la zona, Palestina se ha hecho con similares fundamentos para oponerse –en un nivel discursivo-ideológico– a la postura legitimadora de Israel¹⁰. En ambos casos, se pueden identificar sendas construcciones ideológicas que se contraponen; el conflicto no sólo es militar y político, sino que –como ya indicamos– también se manifiesta como choque de concepciones ideológicas, las cuales a su vez se sostienen sobre diferentes matrices culturales. Una comprensión cabal del conflicto entre Israel/Palestina debería considerar estos aspectos ideológicos y culturales, puesto que ambos permiten realizar una configuración crítica de las partes del conflicto sin caer en demonizaciones propias de los meros discursos políticos de uno u otro bando. Podríamos resumir someramente la cuestión a partir de la siguiente puntuación:

El moderno Estado de Israel constituye un organismo político y civil de carácter occidental en territorio culturalmente oriental. La religión judía atraviesa varias de las instancias seculares del Estado; una de estas instancias –quizás la de mayor importancia– es aquella que habla del fundamento de la identidad nacional. El Antiguo Testamento (o Biblia hebrea) es la “principal narrativa conmemorativa”¹¹ que otorga identidad nacional, tanto a los habitantes del Estado como a aquellos que profesan el judaísmo en otros lugares. En este sentido, la ideología sionista se nutre de los principales hitos de esta narrativa bíblica conmemorativa (Israel conquistando la Tierra Prometida, la Monarquía Unida de David y Salomón, el Exilio a Babilonia, la construcción del Segundo Templo, la presencia política de los Macabeos, Masada, Bar Kochba,

⁹ Esto puede verse claramente reflejado en la política cultural israelí de los primeros años del Estado, cf. D. Bar, “Re-creating Jewish Sanctity in Jerusalem: Mount Zion and David’s Tomb, 1948-67”, *The Journal of Israeli History*, vol. 23, 2004, pp. 260-278.

¹⁰ Cf. Pfoh, “La historia antigua de Palestina”, *op.cit.*, esp. pp. 110-120.

¹¹ Cf. Y. Zerubavel, *Recovered Roots: Collective Memory and the Making of Israeli National Tradition*, Chicago, Chicago University Press, 1995.

etc.), pero de un modo secular, vale decir, sin sancionarla como exclusivamente religiosa pero considerándola efectivamente histórica. He aquí, pues, el fundamento de la legitimidad israelí del territorio otrora árabe y luego palestino.

La actitud y el accionar palestinos se construye originalmente ante la irrupción de la actividad sionista en el territorio; lo notable es que, en vez de apelar a una construcción oriental de aquello que constituye *lo palestino*, se ha dirigido la construcción nacional palestina en términos occidentales, o sea, mediante prácticas propias de la democracia occidental, constitución de cuerpos políticos y un basamento de la idea nacional palestina a través de una apelación a la historia de igual modo que Israel. La razón de esta situación quizás se deba a la búsqueda de legitimación de la entidad palestina frente a Occidente¹².

Ahora bien, ¿posibilita el empleo de una perspectiva culturalista un principio de resolución del conflicto palestino-israelí? La respuesta, por supuesto, no es certera. Lo que sí podemos afirmar es que el conflicto hunde sus raíces en una cuestión fundamentalmente ideológica: la legitimidad de origen bíblico –devenida en mito nacional– que posee un poder estatal (el israelí) para dominar a los habitantes nativos de un territorio (los palestinos). Por supuesto, se podrá argumentar que, desde la fundación del moderno Estado de Israel, varias generaciones de sus habitantes judíos son asimismo nativos de territorio palestino. Esto es algo obvio, y no hay por qué ahondar más en la cuestión. Sin embargo, el problema radica en el tratamiento que les otorga el Estado israelí a *sus ciudadanos palestinos*. La condición de “refugiados” a la que empuja Israel a los palestinos israelíes contraría la Convención Europea para la Protección de los Derechos Humanos y Libertades Fundamentales, que en el Protocolo N° 4, art. 3, sostiene que “nadie será privado del derecho a entrar al territorio del Estado del cual se es ciudadano nativo [*national*]”, como sostiene J. Quigley¹³. Esta situación ofrece un claro ejemplo de la infracción a la legislación internacional, de parte de Israel, y de la pasividad de los poderes occidentales para actuar en contra de esto y a favor de los desplazados palestinos. ¿Cuál puede ser la razón de esto? No ignoramos una respuesta que atiende a factores geopolíticos anteriores y causa de una alineación tácita de Occidente con Israel; ésta, probablemente, sea la razón de mayor peso. Pero también debemos atender al factor cultural que une a Israel con Occidente: la

¹² No obstante, uno podría preguntarse si un Estado palestino hallará eventualmente legitimidad ante Occidente, aun cuando reúna todas las características occidentales reclamadas (democracia, legalidad, representatividad, prevención del terrorismo, etc.). A nuestro parecer, existe un fuerte componente cultural en Occidente que inclina a que la respuesta a esta cuestión sea negativa.

¹³ J. Quigley, “The Right of Return of Displaced Jerusalemites”, en M. Prior (ed.), *Western Scholarship and the History of Palestine*, Londres, Melisende, 1998, pp. 83-90 (aquí p. 85; mi traducción).

religión. La Biblia es uno de los pilares fundacionales del mundo occidental; Israel es *Tierra Santa* para millones de cristianos occidentales. Por el contrario, los palestinos, al pertenecer al mundo árabe, son concebidos como “el Otro” en la representación imaginaria que hace Occidente de Oriente¹⁴. Esta dimensión ideológico-cultural del conflicto palestino-israelí no puede quedar excluida del marco general de análisis de la política actual de Medio Oriente.

* * *

Cuando estas líneas comenzaron a ser escritas, en nuestro país se conmemoraba un nuevo aniversario del atentado terrorista contra la sede de la Asociación Mutual Israelita Argentina, perpetrado en 1994. Y una vez más la ausencia de responsables y culpables, de detenidos debidamente juzgados, es onerosamente evidenciada. Ante esta situación, en nuestro país se hace muy difícil pretender que los resultados mínimos de una pesquisa culturalista en torno a los conflictos que afectan a Medio Oriente puedan ser aceptados ligeramente por la opinión pública. La dicotomía ellos/nosotros (Oriente/Occidente) se apodera del sentido común del ciudadano promedio, y toda consideración se emplaza en un marco polarizado excluyente: o se está con las víctimas, o se está con los terroristas. Inevitablemente, todo intento, por parte de un analista, de comprender sesudamente el accionar terrorista –de aprehender la naturaleza que funda estas acciones, así como el contexto político y socio-cultural en el que se inscriben– conlleva para gran parte de la opinión pública una necesaria toma de partido –de parte de este analista– a favor de una tendenciosa y errónea idea de lo que constituye la esencia del mundo islámico, a saber, a favor del terrorismo. Desafortunadamente, esta falacia no es tan fácil de desarticular. Aun así, creemos que la apelación a una perspectiva culturalista que aquí hacemos quizás contribuya a echar luz sobre la cuestión, tanto en lo referido a la lectura local que hacemos de acontecimientos distantes como a la interpretación eficaz de la naturaleza primera de los enfrentamientos.

¹⁴ Algo ya estudiado por E.W. Said en su famoso *Orientalism* (Nueva York, Vintage, 1994 [1978]). Véase ahora la reciente compilación de opiniones, tras el atentado a las Torres Gemelas de Nueva York en Septiembre de 2001: U. Eco y otros, *Islam y Occidente. Reflexiones para la convivencia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005 [2002]. Para el caso específico de los palestinos, véase M. Klein, “Jerusalem without East Jerusalemites: The Palestinian as ‘the Other’ in Jerusalem”, *The Journal of Israeli History*, vol. 23, 2004, pp. 174-199.